

“El saber en las escuelas catedralicias y en las escuelas abaciales en los siglos XIII y XIV”

Lic. Javier Martín Camacho

Info@javiercamacho.com.ar

-Año 2000-

Introducción:

El presente trabajo establecerá relaciones entre dos modalidades diferenciadas de relacionarse con el saber, caracterizadas fundamentalmente por dos prototipos de instituciones educativas y formativas que son las Escuelas Abaciales y las Escuelas Catedralicias.

El análisis se centrará en Europa Occidental durante los siglos XIII y XIV.

Contextualización histórica:

El siglo XIII es el llamado Siglo de Oro de la Edad Media, es donde el espíritu de la misma alcanza su punto de mayor desarrollo y madurez. En el siglo XIV, aparecerán ciertos indicios de una ruptura en el orden instituido socialmente, se empiezan a ver y comienzan a aflorar nuevas formas de contrato social y nuevos valores e ideales de realización humana, que ya se insinuaban con anterioridad.

Durante el siglo XIII el movimiento escolástico se consolida, paralelamente a esto las formas sociales de la sociedad medieval comienzan a entrar en crisis, y el orden feudal antes reinante comienza a colapsar, al mismo tiempo, empiezan a surgir con mayor fuerza y crecimiento las ciudades.

Durante los siglos anteriores, debido a las constantes invasiones, las instituciones de manera defensiva se replegaron sobre sí mismas y tuvieron poca interacción con el medio.

Luego de las diferentes Cruzadas, el intercambio comienza a incrementarse, los fantasmas de las invasiones empiezan a diluirse y las ciudades a florecer, la gente ya no necesita aislarse en fortalezas o feudos para protegerse.

Comienza a surgir una nueva clase social, la burguesía, que a partir del comercio que se da cada vez con mayor fuerza entre las ciudades será uno de los fenómenos responsables de socavar la estructura misma del feudalismo.

Los ideales de poder en el siglo XIII y XIV:

Para esta época de transición, los ideales comienzan a cambiar, si bien antes el hombre que tenía poder era el que poseía la tierra, el señor feudal; ahora el que tendrá el poder será el que tenga el dinero, la burguesía naciente. Y esta, surgirá como clase a partir del desarrollo de las ciudades, dice Romero: “La ciudad fue el hogar propio de la burguesía, su escenario específico”¹.

Los ideales de la nobleza eran detentar títulos nobiliarios, adquirir tierras y feudos y priorizar la vida en la opulencia, en cambio frente a esto se opondrá la burguesía que tendrá como valores, la fuerza del trabajo, en particular el comercio y el ahorro, que los llevará a la acumulación de capital.

Las instituciones de aprendizaje formal:

Para esa época existían dos instituciones en donde se aprendía formalmente, por un lado las escuelas abaciales y por otro las escuelas catedralicias.

Las escuelas abaciales eran las instituciones educativas que formaban parte de las abadías, estas tenían una inserción netamente rural, esto quiere decir que se encontraban aisladas significativamente de las ciudades, del flujo constante de personas, y en cierta medida se mantenían ajenas a los avances de la sociedad global.

La permeabilidad de estas instituciones era limitada y se circunscribía principalmente al caserío cercano, con el cual intercambiaba bienes básicos.

Por otro lado comienzan a surgir alrededor del siglo XII las primeras escuelas catedralicias, estas se encontraban formando parte de las catedrales y eran de una inserción urbana.

Con el florecimiento de las ciudades, cada una para rivalizar con su vecina construía edificios y catedrales, alrededor de las mismas y dependiendo de ellas, comienzan a surgir

¹ Romero J., La Edad Media, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, pag. 207.

las escuelas que al encontrarse formando parte de la ciudad serán más flexibles al flujo de información, al intercambio de libros, saberes y conocimientos.

➤ La escuela abacial:

La mayoría de las escuelas abaciales eran instituciones en donde el objetivo era custodiar el saber, no existía posibilidad de generar nuevos conocimientos. El saber ya había sido dado al hombre y todo el conocimiento verdadero se encontraba en el libro sagrado de la cristiandad: La Biblia.

Las abadías si bien podían pertenecer a diversas órdenes, la más difundida era la de los Benedictinos, los valores principales de estos monjes eran la oración y el trabajo. Dentro de esta última categoría, existía una actividad privilegiada para estos monjes benedictinos que era la tarea de “copista”, el mismo se encargaba de copiar distintos tipos de libros.

En general el acceso a los libros estaba restringido a unos pocos, básicamente por que la alfabetización era circunscripta a un grupo selecto de nobles que ingresaba a las abadías para formarse y tomar los hábitos. Inclusive no todos los monjes estaban instruidos en la lectura y escritura.

➤ Las escuelas catedralicias:

En las escuelas que surgieron en las ciudades, si bien también el saber seguía limitado a la órbita eclesiástica, muy distinta era la relación que se mantenía con el saber, con los libros y con el acceso a los mismos.

Estas escuelas que ya habían surgido unas décadas atrás, son los antecedentes directos de las universidades; el siglo XIII es conocido como “El Siglo de las Universidades”. La misma era el gremio que agrupaba a los profesores y a los alumnos.

“El movimiento de las Universidades durante los siglos XII y XIII constituye un esfuerzo en el cual todos participan, maestros, estudiantes, para liberarse de la tutela señorial y feudal, a la manera de la burguesía surgente”² .

² Lobrot M., Pedagogía institucional. La escuela hacia la autogestión, Humanitas Buenos Aires, 1974, pag. 53-54.

La escuela catedralicia, guiada por los ideales burgueses de la comercialización, comienza a entender a la educación como una actividad mercantil más, los libros comienzan a tener un valor de intercambio y el saber a su vez también empieza a circular, al igual que una mercancía.

Obviamente el producto privilegiado era el libro, que pasó de ser un objeto de lujo, a ser un objeto de intercambio, favoreciendo la circulación y la transmisión de un saber escrito. “Del contexto provienen las demandas y los materiales para la actividad institucional y a él se vuelcan sus productos”³, el libro en este caso.

También existirían copistas entre los intelectuales de las escuelas catedralicias, dice Le Goff: “A la sombra de las Universidades se constituye todo un pueblo de copistas, a menudo son estudiantes pobres que se ganan así su subsistencia”⁴.

Si bien la educación estaba restringida para unos pocos, el criterio es mucho más amplio, que en el caso de las abadías e incluso muchos comerciantes y algunos artesanos comienzan a formar parte de las universidades y a acceder al saber y al conocimiento.

El libro:

Los libros para los monjes Benedictinos serán objetos a custodiar que pocos podrán tener acceso y nunca llegan a poseerlos porque son de la abadía, en cambio para los maestros de las escuelas catedralicias serán objetos de circulación, cercanos, próximos a ellos y muchos llegarán a ser de su pertenencia.

El mismo libro comienza a modificarse y se hace cada vez más liviano, fácil de transportar y económico. Le Goff dice que todo se orienta a facilitar la rápida consulta y comenta: “...queda cumplida una primera revolución. El libro ya no es objeto de lujo sino que se ha convertido en instrumento. [Y como tal] es un producto industrial y un objeto comercial”⁵.

³ Fernández A., Instituciones educativas. Dinámicas institucionales en situaciones críticas, Paidós, Buenos Aires, 1993, pag. 96.

⁴ Le Goff J., Los intelectuales en la Edad Media, Ed. Gedisa, Barcelona, 1989, pag. 89.

⁵ Le Goff J., ob. cit., pag. 89.

La transmisión:

En las escuelas abaciales, la transmisión era una actividad que estaba permitida a pocos y se realizaba a través de un maestro que en general introducía al novicio en el conocimiento de los pensadores antiguos, los padres de la Iglesia y el estudio de los textos Bíblicos.

El objetivo último no era generar nuevos conocimientos, sino simplemente, poder conocer lo que otros ya pensaron o escribieron. El conocimiento ya había sido dado al hombre, y lo único que este podía hacer era intentar iluminar de manera distinta esta Verdad, pero no encontrar nuevas verdades. Por eso el trabajo era el de custodiar la verdad.

En las escuelas catedralicias, los intelectuales comienzan a cuestionar el orden establecido y también se empiezan a plantear sobre aquellas verdades reveladas con cierta irreverencia que escandalizaba a los monjes abaciales, que veían en las ciudades una reedición de Sodoma y Gomorra, en donde el maligno se hacía presente y el pecado se cobraba las almas de los nuevos intelectuales.

La transmisión en las escuelas catedralicia se hacía a través del debate y la confrontación, había diversos maestros y muchos venían de regiones remotas.

El método privilegiado que se utilizó para argumentar y enseñar en esta época es el método escolástico, que consistía básicamente en plantear una tesis, que es la afirmación de algo y una antítesis que es la negación de la anterior y a través de la reducción al absurdo de uno de los términos se comprueba ya sea la tesis o la antítesis, el presupuesto más fuerte en este tipo de argumentación es el principio lógico aristotélico de tercero excluido.

Algunas referencias a la relación con el saber, el lugar del conocimiento, las escuelas de las ciudades y la tarea de los monjes en El nombre de la Rosa

En el texto de Eco queda claramente reflejada en la figura de Guillermo de Baskerville, el franciscano hombre de Fe y científico, que viene de la ciudad, que tiene saberes y que conoce por la experiencia, la postura de la escuela catedralicia.

La relación de aprendizaje que mantiene con Adso, es un aprendizaje basado, fuertemente en la experiencia, y en un conocimiento casi semítico, en donde la tradición del conocimiento era fundamentalmente táctil. Dice Adso: “Durante el período que pasamos en la abadía, siempre vi sus manos cubiertas por el polvo de los libros, por el oro de las

miniaturas todavía frescas, por las sustancias amarillentas que había tocado en el hospital de Severino. Parecía que sólo podía pensar con las manos...”⁶.

Respecto de la tarea propia de los benedictinos dice el Abad: “...si alguna misión ha confiado Dios a nuestra orden, es la de oponerse a esa carrera hacia el abismo, conservando, repitiendo y defendiendo el tesoro de sabiduría que nuestros padres nos han confiado”⁷. Este es el espíritu de las escuelas abaciales, ser custodios del saber; el temor hacia el futuro y todos los cambios sociopolíticos, científicos y teológicos que ya se avecinan son descritos como “carrera hacia el abismo”, contra la cual deben oponerse.

Muy diferente es la postura de Guillermo, y la nueva concepción que él encarna, dice: “...hay otra magia que es obra divina, ciencia de Dios que se manifiesta a través de la ciencia del hombre. []. Y la ciencia cristiana deberá recuperar todos estos conocimientos que poseían los paganos y poseen los infieles”⁸. La ciencia debe ser recuperada en el futuro, que ya no se vé como un abismo al cual hay que oponerse, sino como un de desafío que hay que procurar y asumir.

En una conversación entre Guillermo y Aymaro D’Alessandria, este último dice: “Mientras aquí hacemos eso [rascar pergaminos], allá abajo, en las ciudades, se actúa... Hubo un tiempo en los que desde nuestra abadía se gobernaba el mundo... [ahora] el país se gobierna desde las ciudades”. Y continúa diciendo: “Nosotros custodiamos nuestro tesoro, pero allá abajo se acumulan tesoros. Y también libros. Y más bellos que los nuestros”⁹.

En una discusión entre Jorge y Guillermo se pone de manifiesto con claridad el valor que cada uno le atribuye a la razón, dice Guillermo: “...sois injusto cuando tratáis de castrado a Abelardo, sabéis que fue la iniquidad ajena lo que lo sumió en esa triste condición”. Dice Jorge: “Fueron sus pecados. Fue la soberbia de la confianza en la razón humana”. Responde Guillermo diciendo más adelante: “ Dios quiere que ejerzamos nuestra razón a propósito de muchas cosas oscuras sobre las que las que la escritura nos ha dejado en libertad de decidir...y lo que agrada a nuestra razón no puede no agradar a la razón divina”¹⁰. El lugar que tiene la razón como posibilidad de acceder al conocimiento varía

⁶ Eco, U. El nombre de la rosa, Ed. Lumen, Barcelona, 1980, pag. 21.

⁷ Eco, U., Ob. cit. pag. 40.

⁸ Eco, U., Ob.cit., pag. 91.

⁹ Eco, U., Ob.cit., pag. 126.

¹⁰ Eco, U., Ob.cit., pag. 134.

significativamente entre Jorge, que podríamos pensar como uno de los más férreos representantes de la escuela abacial y Guillermo, que confía fuertemente en la razón humana, característica propia de los intelectuales de las universidades.

Guillermo le dice a Abbone: "...vivís aislado en esta espléndida y santa abadía alejada de las iniquidades del mundo. La vida de las ciudades es mucho más compleja de lo que creéis...". Y este responderá: "La ciudad siempre es corrupta"¹¹. Existe un fuerte temor y rechazo a lo diferente y desconocido, que plantea una subversión en el orden establecido.

Guillermo se adelanta al tiempo y siguiendo los pasos que proponen las escuelas catedralicias dice: "...en el futuro, será la comunidad de los sabios que deberá proponer esa teología novísima y humana que es filosofía natural y magia positiva"¹². La diferenciación entre fe y razón, idea fundamental en Guillermo de Ockham, queda expresada a través de las palabras de Baskerville, idea que cobrará profunda significación entre los intelectuales de las escuelas catedralicias.

En las palabras que Jorge da durante una homilía quedan claros los ideales de los dos modelos analizados, dice: "[nuestro trabajo es] la custodia, digo, no la búsqueda, porque lo propio del saber, cosa divina, es el estar completo y fijado desde el comienzo"¹³. Esta es la forma en la que se piensa la relación con el saber, propio de la escuela abacial. El pensamiento es coherente con aquella prohibición milenaria y bíblica de impedir el acceso al Árbol de la Sabiduría. Pero muchos espíritus progresistas no aceptarán estas limitaciones y los intelectuales de las escuelas catedralicias serán las que cuestionen fuertemente esto: "...el intelectual ya no cree que la ciencia debe ser atesorada, sino que está persuadido de que debe ser puesta en circulación"¹⁴.

Conclusiones:

En la Edad Medieval, existieron formas disímiles de transmisión del conocimiento y de relación con el saber, cuando existen situaciones de crisis, como es el Siglo XIV, en donde los antiguos contratos sociales comienzan a cambiar y los viejos ideales se empiezan

¹¹ Eco, U., Ob.cit., pag. 151.

¹² Eco, U., Ob.cit., pag. 205.

¹³ Eco, U., Ob. cit., pag. 393.

¹⁴ Le Goff, J., Ob. cit., pag. 69.

a sustituir por otros, las instituciones registran estos cambios en su propia organización, y a su vez son agentes del mismo.

En El nombre de la rosa, se puede ver con claridad las dos corrientes que se contraponen, son formas diferentes, que responden a profundos procesos complejos, en donde se mezclan elementos ideológicos, económicos, políticos y sociales.

La escuela abacial corresponde a la ideología propia de la sociedad feudal, y la escuela catedralicia a la de la sociedad burguesa, que comienza a insinuarse con el surgimiento y desarrollo del comercio y las ciudades. Aunque este fenómeno muestre claramente dos modalidades diferenciadas, también dentro de estas formas existen diferencias, y no son bloques ideológicamente homogéneos. Esto hecha por tierra un prejuicio sobre la Edad Medieval, que pretende equiparar el pensamiento medieval a una suerte de teología cristiana omnipresente, sin llegar a ver las profundas diferencias, en las distintas épocas, e incluso en los mismos períodos, como por ejemplo en el XIII y el XIV.

Bibliografía:

- Eco, U. (1980). El nombre de la rosa. Ed. Lumen. Barcelona.
- Fernández A. (1993). Instituciones educativas. Dinámicas institucionales en situaciones críticas. Paidós. Buenos Aires.
- Le Goff, J. (1985). Los intelectuales en la Edad Media. Gedisa. Barcelona.
- Lobrot, M. (1974). Pedagogía institucional. La escuela hacia la autogestión. Humanitas. Buenos Aires.
- Romero, J. (1987). La Edad Media. Fondo de Cultura Económica. México.